

**PARA ALCANZAR LA VOZ MÁS PERSONAL:
DE *SI ME PERMITEN HABLAR...*
A ¡*AQUÍ TAMBIÉN DOMITILA!***

M^a Ángeles Pérez López

Si se pronuncia el nombre de la indígena boliviana Domitila Barrios de Chungara, suele ser para asociarlo al de su primer testimonio, «*Si me permiten hablar...*», que publicó Siglo XXI en México en 1976 y que obtuvo un éxito internacional difícilmente imaginable. Al menos catorce ediciones de un libro traducido a más de quince idiomas en pocos años, varios trabajos críticos¹ y la consideración prácticamente unánime del carácter «ejemplar» de esta obra a la hora de abordar el testimonio hispanoamericano, permiten dar la medida de su alcance.

La lucha sindicalista y, en general, la fuerte conciencia política y social de Domitila Barrios, afianzada si aún era posible por la crueldad de los tratos recibidos (arresto, tortura física y psicológica y finalmente exilio) articulan su necesidad de hablar. La de testimoniar. En este caso, las espeluznantes condi-

1. Además de los numerosos trabajos que, a propósito del testimonio, abordan su obra, podemos señalar expresamente los siguientes estudios: Lawrence R. Alschuler, «The Consociation of Domitila: A Case Study in the Political Psychology of Liberation», *Contemporary Crises* 4 (1980), pp. 27-41; Jean Franco, «*Si me permiten hablar...*»: La lucha por el poder interpretativo», *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, número monográfico de la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 36 (segundo semestre de 1992), pp. 109-116; Ricardo A. Godoy, «Bolivian Mining», *Latin American Research Review* 1 (1985), pp. 272-277; Nancy Gray Díaz, «Escritoras indígenas de Hispanoamérica», en Diane E. Marting (compiladora), *Escritoras de Hispanoamérica. Una guía bio-bibliográfica*, Bogotá, Siglo XXI, 1990, pp. 579-589 y Willy O. Muñoz, «La conciencia de sí como arma política en «*Si me permiten hablar...*»: Testimonio de Domitila», *Confluencia* 2 (primavera de 1987), pp. 70-77.

Sería necesario nombrar también *We Eat the Mines and the Mines Eat Us: Dependency and Exploitation in Bolivian Tin Mines* (1979), de la antropóloga June Nash, que utiliza el testimonio de Barrios como fuente.

ciones de trabajo en la mina del pueblo de Siglo XX, las particularidades de su vida desde su nacimiento y las necesarias reclamaciones al presente de 1976, con el que concluye su texto, firmado por la educadora brasileña Moema Viezzer, que realizó la labor de recopilación, selección y ordenación del numeroso y heterogéneo material manejado.

Pero con esta obra no termina su contribución testimonial: de su nuevo testimonio surge *¡Aquí también, Domitila!* (1985),² firmado por el cineasta y cuentista boliviano David Acebey.³ En este libro, de repercusión considerablemente menor,⁴ narra sus experiencias de 1976 a 1983: su participación en una huelga de hambre en La Paz, sus viajes por gran parte de Europa y de Latinoamérica para denunciar el régimen político boliviano, en particular la sistemática violación de los derechos humanos, y sus años de exilio en Suecia.

Una misma conciencia política anima los dos textos, que sin embargo cuentan con «gestores» distintos, lo que nos permite intentar un complejo deslinde: el de la voz de Domitila y la de los que la escucharon en primera instancia, Moema Viezzer y David Acebey. El testimonio mediatizado, en cuanto relato oral emitido por un informante que «carece de voz» (por su carácter «ex-céntrico» o «descentrado» con respecto a la producción de bienes culturales de valor simbólico) a un «gestor» culturalmente superior, muestra la tensa articulación entre la ventriloquia y la heteroglosia a la que se ha referido Elzbieta Skłodowska.⁵ Tal como ella plantea a propósito de la relación entre Miguel Barnet y Esteban Montejo para *Biografía de un cimarrón* (1966), y entre Elisabeth Burgos y Rigoberta Menchú para el testimonio de la guatemalteca, «lo que se percibe desde la óptica del lector es que la autoridad de la enunciación de la cual depende el poder persuasivo del texto se ve escindida en el testimonio mediatizado. [...] Es evidente que entre los códigos veridictivos de los testigos y de los editores hay un hiato que se debe a sus diferentes pos-

2. Publicado en México, Siglo XXI, 1985.

3. Miembro del grupo fundador del semanario *Aquí*, ha escrito el libro *Bolivia: un documental, un cuento y un guión* (1983).

4. Aún pueden encontrarse ejemplares de la primera edición, y resulta sorprendente contrastar la enorme repercusión de «*Si me permiten hablar...*» con el silencio prácticamente absoluto que rodea al segundo testimonio.

Así ha ocurrido también con la obra testimonial del guerrillero sandinista Omar Cabezas, que ganó el premio Casa de las Américas en 1982 con *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, y que ha escrito un segundo testimonio, *Canción de amor para los hombres* (1987), del que son prácticamente inexistentes las referencias. Véase nuestro trabajo «Escritura y revolución en Omar Cabezas y Ernesto Cardenal (Sobre testimonio y poesía exteriorista en la poesía nicaragüense)» presentado en el V Encuentro de Latinoamericanistas Españoles celebrado en Madrid del 29 de septiembre al 1 de octubre del 97.

5. Elzbieta Skłodowska, «Testimonio mediatizado: ¿ventriloquia o heteroglosia? (Barnet/Montejo; Burgos/Menchú)», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 38 (segundo semestre de 1993), pp. 81-90.

turas cognitivas frente al mundo. Por mucho que Barnet y Burgos intenten homogeneizar el discurso final, estas fisuras siguen siendo notables y en sus discursos se percibe la pugna entre voces disonantes». ⁶

Entre los diversos elementos que permiten percibir esa pugna destaca la relación del texto primario con el prólogo o advertencia inicial. En la narrativa de la no-ficción, en particular en los casos de testimonio mediatizado, en los que no puede identificarse al «intelectual solidario» ⁷ y a su informante como la misma persona, el prólogo adquiere una gran importancia. No puede ser aislado del texto ya que contribuye a otorgarle su sentido global, pues justifica las motivaciones del «editor» así como detalla las estrategias empleadas para recopilar, seleccionar y ordenar el discurso fuente. Como intermediario o receptor primero, «de alguna manera *también* marca su presencia» ⁸ y lo hace explicando cómo ha integrado el testimonio en un «discurso «coherente» dentro de las normas y las reglas del sistema que se toma de modelo». ⁹ De esta manera, Ricardo Pozas en el prólogo a *Juan Pérez Jolote* (1952), Barnet en el de su *Biografía...* o Elisabeth Burgos en el de *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (1983), por poner solo algunos ejemplos muy destacados, respondiendo a los criterios de la antropología y la etnología tradicionales consideran imprescindible dotar al discurso del «rigor» y de la «objetividad» necesarias, con lo que constriñen el testimonio oral, marcadamente subjetivo. Como afirma Sklodowska, «notas, glosarios, prólogos y/o apéndices están empleados [...] con el mismo propósito que en un discurso científico —para certificar al texto primario». ¹⁰

Con unas palabras «Al lector» firmadas por Moema Viezzer se abre el primer testimonio. En él, la educadora relata su encuentro con Domitila y da cuenta de cómo se gestó «*Si me permiten hablar...*»:

No es un monólogo de Domitila consigo misma lo que presento aquí. Es el resultado de numerosas entrevistas que tuve con ella en México y en Bolivia, de sus intervenciones en la Tribuna, así como también de exposiciones, charlas y diálogos que desarrolló con grupos de obreros, estudiantes y empleados universitarios, habitantes de barrios populares, exiliados latinoamericanos residentes en México y representantes de la prensa, radio y televisión. Todo ese material grabado,

6. *Ibidem*, p. 86.

7. Cfr. John Beverley, «El testimonio en la encrucijada», *Revista Iberoamericana* 164-165 (julio-diciembre de 1993), pp. 485-495.

8. Renato Prada Oropeza, «Constitución y configuración del sujeto en el discurso-testimonio», *Casa de las Américas* 180 (mayo-junio de 1990), pp. 29-44.

9. *Ibidem*.

10. Elzbieta Sklodowska, «Testimonio mediatizado: ¿ventriloquia o heteroglosia? (Barnet/Montejo; Burgos/Menchú)», loc. cit., p. 87.

como también alguna correspondencia escrita, fue ordenado y posteriormente revisado con Domitila, dando lugar al presente testimonio.¹¹

Viezza cierra la introducción dando la palabra a su informante («Que hable Domitila»), después de haber insistido en la imprescindible colaboración que hubo entre ambas. Para ello explica que todo el material fue manipulado «con» Domitila, ya que la primera edición hubo de ser corregida y aumentada con una última conversación entre ambas, mantenida en La Paz en marzo de 1978: a raíz de la extraordinaria difusión del libro, hubo reacciones polémicas que, en palabras de Barrios, «intentaron deformar la orientación y el contenido del texto» (p. 5), por lo que ella misma ratifica su validez en una nota introductoria a «*Si me permiten hablar...*»:

Así como está el libro es mi verdadero pensamiento actual y la expresión que yo quiero darle. Lo he leído y estoy conforme en cuanto al contenido y también al método de trabajo que hemos utilizado. Quiero decir que estoy de pleno acuerdo para que se siga publicando el libro así como está y que sirva realmente este aporte que hemos querido dar (p. 5).

Sin embargo, en el segundo testimonio, las palabras «A modo de introducción» que abren el texto y firma David Acebey no tienen por función mostrar la arquitectura del testimonio. Se hallan más próximas al prólogo convencional, en el que se presenta la obra que encabeza y a su autor desde una posición externa a la del texto propiamente dicho, y por tanto su carácter resulta prescindible. Así, a diferencia de otros prólogos de testimonios o del mismo de Moema, no pretende detallar con precisión cómo y por qué se llevó a cabo el contacto con el informante, ni tampoco qué forma va a emplearse, ni cuál ha sido el grado de elaboración del material suministrado por Barrios de Chungara. Más bien será ella misma la que en la «Presentación» cumpla tal cometido:

Decidimos grabar con David más que todo para dejar un informe —por si me pasaba algo— de las nuevas cosas que fui aprendiendo en la huelga de hambre y en los viajes. A partir de esas grabaciones, surgió la idea de este nuevo testimonio.

Este libro lo he sentido más, he visto cómo se trabaja, hemos estado revisando, buscando apuntes para recordar, corrigiendo. A veces encontrábamos un papeletito bien arrugado, o nos llegaban unas fotos, una carta, unos recortes de prensa... O de repente, cuando estaba dando alguna charla, David tomaba algunos apuntes y después grabábamos para completar lo que faltaba.

11. Moema Viezza, «*Si me permiten hablar...*» (*Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*), México, Siglo XXI, 1994, pp. 1-2. A partir de aquí citaremos por esta edición.

[...]

Una de las cosas favorables para hacer este trabajo, ha sido que la mayor parte de las historias las hemos ido recordando entre los dos, con David. Con él nos habíamos conocido el 69.¹²

Domitila parece poseer una conciencia mucho más arraigada de su voz. No se limita, como en «*Si me permiten hablar...*», a ratificar lo dicho por Moema, sino que opera un desplazamiento muy interesante por el que tiende a ocupar el espacio del intelectual boliviano. Sin duda, de ahí procede de una forma relevante su mayor implicación emocional con el segundo testimonio («este libro lo he sentido más»). Porque por un lado ha contribuido de una manera mucho más activa a su elaboración (si el primero apenas pudo corregirlo, y en condiciones de precariedad, en éste ha visto «cómo se trabaja»). Y por otro, porque ella reclama de una forma explícita ampliar su espacio de enunciación, relegando a David Acebey a un papel marcadamente secundario.

A ello hay que añadir que también se han modificado las motivaciones del gestor. Si Moema Viezzer había declarado el vacío de documentación escrita, ya sea literaria, sociológica, antropológica o etnológica sobre el pueblo boliviano, y su voluntad de «llenar» ese «vacío» (p. 2), David Acebey aporta como razón vertebral la de un intenso sentimiento de solidaridad humanitaria: «No intentar compartir las lecciones que recibí de Domitila, sus relatos al retorno de sus viajes, sería una mezquindad» (p. 11).

Podríamos decir que el lugar en el que se sitúa Acebey resulta difícilmente diferenciable del ocupado por Domitila, hasta el punto de que el término que utiliza para definir su relación es el de «asimilación» (p. 13). La labor que realiza para *¡Aquí también, Domitila!* procede del encargo¹³ que le hace la informante, claramente inusual. Recordemos que en varios testimonios mediatos, como *Biografía de un cimarrón* o *Me llamo Rigoberta Menchú...*, el interlocutor letrado es el que asume la iniciativa de establecer la comunicación con el informante, con estrategias para «captar» su confianza. Miguel Barnet declara en su prólogo que logró «un diálogo vivo» con Esteban Montejo «utilizando, desde luego, los recursos habituales de la investigación etnológica. Al principio nos habló de sus problemas personales: pensión, mujeres, salud. Procuramos resolver algunos de estos. Le hicimos obsequios sencillos: tabacos, distintivos, fotografías, etcétera».¹⁴ Por su parte, Elisabeth Burgos recibió de una amiga canadiense la sugerencia de contar la vida de la proscrita Rigober-

12. David Acebey, *¡Aquí también, Domitila!*, México, Siglo XXI, 1985, pp. 16-17. A partir de aquí citaremos por esta edición.
13. «A partir de su visita a Brasil —fecha en la que decidí encomendarme la elaboración de esta obra— ella tomó algunos apuntes» (p. 13). El subrayado es nuestro.
14. Miguel Barnet, *Biografía de un cimarrón*, Madrid, Alfaguara, 1984, pp. 15-16.

ta Menchú, y en 1982, con motivo de una visita política de la dirigente quiché a París, estableció contacto con ella y grabó su testimonio oral. Consciente de las especiales condiciones del *rapport* que ha de establecerse entre las dos mujeres, escribía la etnóloga en su prólogo:

...al principio me mostré reticente, por saber hasta qué punto la calidad de la relación entre entrevistador y entrevistado es una condición previa en esta clase de trabajo: la implicación psicológica es muy intensa y la aparición del recuerdo actualiza afectos y zonas de la memoria que se creían olvidadas para siempre, pudiendo provocar situaciones anxiógenas o de *stress*.¹⁵

En este sentido, Moema Viezzer responde al modelo de relación establecido en los testimonios señalados. La intelectual, en el afán de «llenar un vacío y constituir un instrumento de trabajo, reflexión y orientación, útil a otras mujeres y hombres entregados a la causa del pueblo en Bolivia y en otros países, pero particularmente en América Latina» (p. 2), es la que toma la iniciativa. Como experta en proyectos culturales y de comunicación popular, va a asistir a la Tribuna del Año Internacional de la Mujer en México, en 1975, y allí conoce a Barrios de Chungara. Ésta tuvo una participación muy relevante como representante del sindicato «Comité de Amas de Casa Siglo XX», y se opuso al «plan mundial de acción» propuesto por Betty Friedman. Para la indígena, la lucha política es prioritaria frente a los distintos movimientos feministas de los países industrializados, que cifran su lucha en la oposición a la dominación masculina bajo la aceptación del modelo burgués. «En cambio, para Domitila el movimiento de liberación de la mujer está íntimamente ligado a la supresión de las diferencias de clases», en palabras de Willy O. Muñoz.¹⁶ Su lucha es contra varias barreras: la de la explotación de las minas, pero también la de la explotación del sistema tal como está concebido, y la explotación de las mujeres en una sociedad patriarcal, lo que explica su rotunda implicación sindicalista, comunista, feminista:

Y la primera batalla a ganar es la de dejar participar a la compañera, al compañero, a los hijos en la lucha de la clase trabajadora, para que este hogar se convierta en una trinchera infranqueable para el enemigo [...] Hay que desechar para siempre esta idea burguesa de que la mujer debe quedarse en el hogar y no meterse en otras cosas, en asuntos sindicales y políticos, por ejemplo. Porque, aunque esté solamente en casa, de todos modos está metida en todo el sistema de explo-

15. Elisabeth Burgos-Debray, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, Barcelona, Seix Barral, 1995, p. 12.

16. Willy O. Muñoz, «La conciencia de sí como arma política en «Si me permiten hablar...»: Testimonio de Domitila», *Confluencia* 2 (primavera de 1987), pp. 70-77.

tación en que vive su compañero que trabaja en la mina o en la fábrica o en lo que sea, ¿no es cierto? (p. 43).

De lo dicho se deriva que para el primer testimonio de Domitila, resulta mucho más marcada la tensión que emana de la relación entre el interlocutor y el «subalterno». Como ha planteado Jean Franco:

La cuestión implícita de estos textos es cómo hacer hablar a la mujer subalterna o marginada dada la jerarquía que supone la posición de la interlocutora. Además «Hacer hablar al subalterno» históricamente ha sido una estrategia mediante la cual el saber se usa para asentar el poder. Tenemos que entender no sólo quién hace hablar a la subalterna y para qué para darnos cuenta también de los géneros de discurso que «permiten hablar».17

Ahora bien, intentar hacer patente el paulatino proceso de reivindicación de la voz personal no significa que pretendamos negar las evidentes semejanzas entre los dos testimonios. Ambos estructuran los hechos siguiendo el modelo autobiográfico, a pesar de que Viezzer considera necesario encuadrar el testimonio focalizando previamente el contexto socio-político en que se mueve Domitila (para ello, introduce como primer capítulo el que aborda las características —geográficas, culturales y políticas— de Bolivia y en particular de Siglo XX): de ahí que ambos sigan como esquema organizativo básico el cronológico. Por otra parte, atienden al criterio de denotación¹⁸ y se sitúan en un contexto en el que el interés despertado por la minería boliviana, tanto en antropólogos nacionales como en extranjeros, se incrementó notablemente: Javier Albó, Guillermo Delgado, Thomas Greaves, Olivia Harris, Tristan Platt,

17. Jean Franco, «*Si me permiten hablar...* La lucha por el poder interpretativo», loc. cit., pp. 109-116.

18. A pesar de que los dos testimonios responden básicamente a ese criterio, puede señalarse una diferencia notable, la de que en *¡Aquí también, Domitila!* las unidades narrativas van encabezadas por títulos que tienen un potencial de sugerencia mucho mayor. Si en el primer testimonio responden de una forma fundamentalmente denotativa al contenido mostrado (en el capítulo «Su pueblo» los apartados son «La mina», «Dónde vive el minero», «Cómo trabaja el minero», «Un día de la mujer minera» y «Organización obrera»), en el segundo testimonio parece haber irrumpido con fuerza una narración menos apegada al valor estrictamente informativo. El primer capítulo de la parte primera («La huelga») se titula «Ingredientes para una huelga de hambre», y se subdivide, entre otros, en «Una cita de honor», «El peor enemigo», «Un congreso vigilado», «Termómetro para la combatividad», «Problemas con la fecha», «Las preguntitas» y «Curitas en cautiverio».

Evidentemente, ya no resulta necesario el caudal de datos que encabezaban «*Si me permiten hablar...*» y que pretendían contextualizar la lucha de Domitila. Por otra parte, su carácter es mucho más expresivo, y en ocasiones roza un lirismo contenido del que carece casi por completo el primer testimonio, a pesar de que nos resulte imposible determinar la autoría de los títulos de cada apartado.

y Michael Taussig son algunos de los nombres que pueden citarse.¹⁹ A ellos sumamos los de Moema Viezzer y David Acebey, que declaran «iniciarse» en el conocimiento de la mina de la mano de su entrevistada,²⁰ la que les proporciona tanto el testimonio oral²¹ que ambos recogen en una grabadora como los múltiples materiales escritos para su lucha política. Además, el carácter experiencial de lo relatado por la boliviana se ve «certificado» o «legitimado» por sus dos editores, que emplean para ello un cuerpo independiente de notas a pie de página, las que, junto a la introducción, conforman el aparato paratextual que sirve de andamiaje del texto primario. En éste, Barrios enhebra con mano firme no solo su historia personal, sino fundamentalmente su articulación indisoluble de la historia contemporánea de Bolivia,²² por lo que incide en el papel jugado por el Movimiento Nacionalista Revolucionario, la Central Obrera Boliviana (COB) y la Corporación Estatal Minera (COMIBOL), la represión de los regímenes de Barrientos y Bánzer y el surgimiento de «nuevos

19. Cfr. Ricardo A. Godoy, «Bolivian Mining», loc. cit.

20. De *¡Aquí también, Domitila!*:

«Yo la escuchaba sentado en la silla que me cedió —un cajón de manzanas. No hablé. No tenía de qué hablar. Eran mis primeras lecciones, mi primer viaje a Siglo XX, a ese cementerio de héroes y pulmones con silicosis» (p. 12).

Y de *«Si me permiten hablar...»*:

«Quiero aquí expresar mi admiración y mi agradecimiento a las mujeres de las minas de Bolivia que, en la persona de Domitila, nos dan la oportunidad de conocer y comprender mejor el temple de la clase trabajadora boliviana» (pp. 3-4).

21. En los dos testimonios, el lenguaje empleado muestra los localismos y las construcciones gramaticales quechuas de la expresión oral de Barrios. Una de las marcas más reiteradas de la oralidad de su discurso es el uso de operadores fáticos con los que se señala el mantenimiento de la atención interlocutiva, como la interrogación final que solicita la aseveración del receptor. Podemos verlo así en los siguientes ejemplos:

«La situación de las palliris, las condiciones en que eran obligadas a trabajar, constituían realmente una «vergüenza nacional». Pero es también una vergüenza de Bolivia la falta de fuentes de trabajo para las mujeres, ¿no?...» (*¡Si me permiten hablar...!* p. 123).

«[Mi padre] siempre estuvo presente en nuestros momentos más difíciles. Nos orientaba, pero más que todo nos animaba a continuar peleando junto al pueblo.

«Son situaciones muy especiales de la vida, ¿no?» (de *¡Aquí también, Domitila!*, p. 124).

22. Al igual que en otros testimonios, la protagonista tiene un carácter representativo para su comunidad, pues como señala John Beverley, «el narrador testimonial recupera la función metonímica del héroe épico, su representatividad, sin asumir sus características jerárquicas y patriarcales». En John Beverley, «Anatomía del testimonio», *Del «Lazarillo» al Sandinismo (Estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana)*, Minneapolis, Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1987, pp. 153-168. Comenzaba diciendo Domitila en el prólogo a *Si me permiten hablar...*

«La historia que voy a relatar, no quiero en ningún momento que la interpreten solamente como un problema personal. Porque pienso que mi vida está relacionada con mi pueblo (p. 13).

movimientos sociales», como el Comité de Amas de Casa o bien otras formas de organización de las mujeres.

En ambos nos sobrecoge la sinceridad y la capacidad de compromiso de Barrios de Chungara, así como su decisión inquebrantable de fundir su historia personal con la colectiva, que son sin duda aquellos elementos en los que radica su extraordinario potencial reivindicativo. Pero aun siendo compleja la tarea de deslinde de los dos testimonios, creemos poder advertir cómo el esfuerzo de Domitila por hacerse oír es cada vez mayor.

Si la educadora brasileña había señalado como uno de sus cometidos el de depurar los elementos reiterativos de la enunciación de Domitila, o bien todos aquellos que pudieran entorpecer la comprensión del texto, David Acebey reduce de forma considerable su presencia, y en el prólogo, cifra su mayor contribución en haber atendido el pedido de Domitila al «escribir» este segundo testimonio en el que el gestor parece haber restringido su presencia.²³ Por ello, aunque establece cierto parentesco con el testimonio firmado por Viezer al cerrar su prólogo pidiendo «que siga hablando Domitila», las notables diferencias que pueden advertirse en los dos testimonios comportan un significado inequívoco, el de que la indígena boliviana reclama una mayor participación en el espacio de enunciación que surge del pacto implícito firmado con aquellos «intelectuales solidarios» que median entre el lector y la voz del oprimido, voz que en el caso particular de *¡Aquí también, Domitila!* reclama hacerse cada vez más personal. ♦

23. Aunque no completamente, pues como señala Prada Oropeza, «por más empatía que se establezca con él, «no deja de ser «otro» que no se involucra vivencialmente en el «nosotros». En «Constitución y configuración del sujeto en el discurso-testimonio», loc. cit., p. 35.